

PRÓLOGO

En abril de 1991 los autores de los textos publicados en este libro estuvimos en Valle de Allende, antiguamente Valle de San Bartolomé, en el actual estado de Chihuahua, para presentar a la comunidad algunos de los resultados de las investigaciones que habíamos estado haciendo sobre la historia del poblado. En esa ocasión, se trató, en particular, de exponer hechos e ideas sobre la iglesia parroquial y sobre las pinturas, esculturas y otros objetos que ahí se custodian. El interés y atención de los valleros fueron, como siempre, alentadores. Tres de nosotros, Salvador Álvarez, Chantal Cramaussel y yo, ya habíamos estudiado diferentes aspectos de la historia de la región e intercambiado ideas e informaciones. Por lo tanto, teníamos conocimiento del interés e importancia de los temas que nos ocupaban. También ya habíamos experimentado la amabilidad y apoyo de muchas personas en Valle de Allende. Invitamos a Gustavo Curiel y a Rogelio Ruiz Gomar a participar en esa presentación en la parroquia del Valle para poder cubrir más aspectos de la realidad histórica y artística que se develaba ante nosotros.

La decisión de hacer un libro sobre Valle de Allende empezó a tomar forma en aquel abril. Al principio pensábamos en algo relativamente sencillo, más de difusión que de investigación, que podía servir a los habitantes del Valle para conocer mejor su propia historia. Sin embargo, al adentrarnos más en los temas que nos habíamos asignado, nos dimos cuenta, por una parte, de la tarea que faltaba por hacer. Por otra, experimentamos en repetidas ocasiones el interés de personas en el Valle que querían conocer a fondo su historia y, además, que estaban dispuestas a

ayudarnos para lograr una publicación de mayor envergadura. Al mismo tiempo, habíamos iniciado una colaboración más estrecha de trabajo de investigación alrededor de los textos del obispo Pedro Tamarón y Romeral, quien había visitado toda la Nueva Vizcaya en 1759-1760, apoyados por convenios entre la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y la Universidad Juárez del Estado de Durango. Los textos de Tamarón son de gran importancia para el estudio de múltiples aspectos de la historia de la Nueva Vizcaya e incluyen inventarios que arrojan mucha luz sobre las historias del arte y del culto religioso en la región. Aquí sirven de fuente indispensable. Todas estas circunstancias hicieron posible el presente libro.

Para los que empezamos este proyecto sobre Valle de Allende, quedaba claro que muchas de las interrogantes que teníamos, cada quien desde el punto de vista de su especialidad, giraban alrededor del problema de la definición de qué tipo de poblado era el antiguo Valle de San Bartolomé. La historia económica y demográfica ayudaba a comprender por qué la parroquia actual es tan grande, y de fecha tardía, y por qué concentra tantas riquezas artísticas. Al mismo tiempo, el problema de la localización de la parroquia señalaba que el desarrollo urbanístico había sido anómalo respecto a la visión usual sobre poblados novohispanos y que había que aclarar su historia. En otras palabras, se trataba de un caso en el que la mutua dependencia de diferentes disciplinas académicas queda manifiesta.

Aunque ciertamente no se agotan en este volumen todos los temas ni enfoques de investigación posibles sobre Valle de Allende en la época virreinal, los estudios aquí reunidos aclaran muchos de los puntos que nos inquietaban en aquel abril de 1991. Además de proporcionar información sobre varios temas, tanto historiadores como historiadores del arte nos acercamos a distintos aspectos del pasado y los examinamos de acuerdo con los intereses de cada quien. El resultado es una colección de textos que se complementan y cuyos alcances, consideramos, rebasan el interés meramente local. Éste es el primer trabajo —tanto de historia como de historia del arte— que se publica sobre un poblado norteño que no está catalogado ni como ciudad, ni como centro minero. Además, es el primero que explora la evolución de un pueblo de misión y las relaciones que tuvo con asentamientos aledaños. También representa un primer paso en la urgente tarea de catalogar para su salvaguardia los bienes culturales coloniales del estado de Chihuahua.

El primer texto del libro, de Chantal Cramaussel, que en una versión anterior fue merecedor del Premio Chihuahua en Ciencias Sociales 1995, proporciona una visión comprensiva del desarrollo histórico del poblado de Valle de San Bartolomé. Sigue el estudio de Clara Barge-llini sobre la construcción y decoración de la parroquia de españoles del Valle y su inserción en ese desarrollo. El texto de Rogelio Ruiz Gomar es una presentación de las pinturas conservadas en la parroquia con el catálogo correspondiente, ordenado cronológicamente. Gustavo Curiel introduce y transcribe los inventarios eclesiásticos del Valle y complementa los documentos con un glosario para su mejor comprensión. Al final, Salvador Álvarez expone el problema de la definición del poblado de San Bartolomé, en el contexto de una historiografía amplia. Esto permite resaltar la complementariedad de los estudios aquí reunidos.

En el desarrollo del trabajo nos han ayudado varias personas, mencionadas en el texto y en las notas, y hemos tenido el apoyo de nuestras instituciones. A todas ellas agradecemos su ayuda, pero queremos nombrar aquí especialmente a las personas de Valle de Allende. Tuvimos el auxilio constante y eficaz de Rita Soto Torres, quien nos asistió en la búsqueda y lectura de documentos, y en otras múltiples cuestiones que nunca faltan, cuando no se está en el lugar estudiado. Los presidentes municipales que ejercieron durante el tiempo que estuvimos trabajando, el profesor Antonio Peralta Salgado y la profesora Silvia Esther Villanueva Robles, siempre nos facilitaron el trabajo. El presbítero Agustín Gamaliel Casas, párroco del lugar, nos permitió fotografiar las obras y consultar el Archivo Parroquial. También agradecemos a Rosario Monserrate Montes Payán y a Atanasio Rodríguez Rodríguez, encargados del templo, su paciencia, y a María de Jesús Ontiveros Aguirre y a Rocío Orpinel, su apoyo.

Entramos con entusiasmo a la experiencia del estudio y promoción de la cultura y del patrimonio de Valle de Allende. Recibimos muchas respuestas positivas, pero también hubo problemas que vale la pena mencionar para que los trabajos de investigación y rescate del patrimonio cultural e histórico de México puedan desarrollarse mejor en el futuro. El interés que nuestros estudios despertaron en las pinturas y objetos coloniales de la iglesia parroquial animaron a los valleros a promover su restauración. Desafortunadamente, las intervenciones en varios cuadros —en particular, el *San Gregorio*, el *Ángel pasionario* de Antonio de Torres y el gran lienzo de *La virgen del Carmen con las ánimas del Pur-*

gatorio fueron desacertadas y pusieron en riesgo el patrimonio que pretendían salvar. Hasta se fundieron algunas campanas coloniales para hacerlas nuevas. La falta de conocimientos y profesionalismo, así como de paciencia y de humildad, virtudes esenciales frente a la historia, han causado en poco tiempo algunas pérdidas que años de olvido no habían logrado. Aunque nuestro interés ha servido para salvaguardar el patrimonio cultural, también —y muy a nuestro pesar— parece haber provocado abusos. No es ésta una experiencia única ni en México ni en el mundo, por desgracia. Todavía no es suficiente la difusión de la conciencia del valor de los bienes culturales y del cuidado que se necesita para su conservación, así como de las leyes promulgadas para protegerlos. Nadie en el presente puede reclamar derechos exclusivos sobre las creaciones del pasado. Más bien a todos nos toca el cuidado de estos bienes irremplazables, y con mayor razón si fueron creados para uso público, como es el caso de los objetos eclesiásticos coloniales. Los bienes culturales, como los bienes naturales, son patrimonio de todos y su pérdida a todos nos empobrece.

Esperamos satisfacer con este volumen, en alguna medida, el interés de los valleros por su historia y pagar de alguna manera lo mucho que nos han dado a lo largo de estos años. Nos han alentado con su entusiasmo y ahora expresamos nuestra esperanza en su capacidad para vigilar los caminos de su futuro, apoyados en el conocimiento y en el aprecio de su pasado.

Enero de 1996

CLARA BARGELLINI